

## COMEDIA NUEVA,

INTITULADA:

## LO CIERTO POR LO DUDOSO,

6

## LA MUGER FIRME.

EN TRES ACTOS.

POR D. V. R. A.

FORMADA POR LA QUE CON EL MISMO TITULO  
 ESCRIBIÓ EL CELEBRE LOPE DE VEGA.

## PERSONAS.

Don Enrique.



El Adelantado.



Doña Inés.

Don Pedro.



Chichon.



Elvira.

Don Tello.



Doña Juana.



Acompañamiento.

## ACTO PRIMERO.

El Teatro estará á media luz; la mutacion será de calle: debe preceder alguna  
 salida de gentes que van de música, como se acostumbra la noche  
 de San Juan.

Enrique y Chichon.

Chich. Obscura noche en verdad.

Enriq. Sin embargo, hoguera tanta  
 las negras sombras espanta,  
 y vence su obscuridad.

Chich. Mejor ha estado la tarde.

Enriq. La de San Juan en Sevilla  
 es alegre á maravilla:

¡qué es ver el precioso alarde  
 que hace de sí placentera,

ostentando su finura

tanta divina hermosura,

del Bétis en la ribera!

¡qué es ver en el claro río

tantas barcas enramadas,

de toldos entapizadas,

formando un bosque sombrío,

y en ellas alegremente

bailar todos muy contentos

al son de los instrumentos



que acompañan la corriente!

*Chich.* ¿Y qué es ver tanto maton,  
muy erguido y puesto al olio,  
con sombrero de á folio  
ostentando el espadon,  
con retorcido vigote,  
y como inspirando asombro,  
mirar por cima del hombro,  
asomándose al capote,  
ir chorreando pendencia,  
y hacerse lugar, diciendo,  
apártense: no están viendo  
que aquí va la omnipotencia?  
¿Qué es ver á tanta garduña,  
de clase y de trato vil,  
buscar, mas que un alguacil,  
en donde encajar la uña?  
¿Qué es ver á tanta gitana  
decir la buena ventura,  
y hacer Pontífice á un Cura  
que apenas tiene sotana?  
Una de ellas me la dijo,  
y viendo mi poco fuste,  
después de infinito embuste,  
que contar fuera prolijo,  
mirándome á lo ceñudo,  
exclamó, díste en las brasas,  
advíerte que si te casas  
serás muy grande... no dudo  
supones el consonante;  
pero yo á la grad' taimada,  
la dí tan fiera puñada  
en la boca, que al instante  
le saltó, según mi cuenta,  
solo un diente que tenía;  
con que quedó de su encia  
el taller sin herramienta.

*Enriq.* No te vuelva á suceder,  
que te sabré castigar,  
y enseñarte á respetar  
hasta el nombre de muger:  
me cansan las tiranías  
de quien las hace desprecios;  
los feos, pobres y necios  
suelen tratarlas de harpías;  
pero quien sabe estimarlas,  
y las merece agradar,  
jamás se llega á cansar.

de engrandecerlas y honrarlas:  
por Dios que donde no están  
no hay verdadera alegría;  
no tenemos compañía  
como la que ellas nos dan:  
nuestras enfermeras son  
de alma y cuerpo.

*Chich.* Así es verdad,  
á no tener vanidad  
su mudable condición.

*Enriq.* No es toda muger igual.

*Chich.* Buena es la que se comide,  
bello animal si no pide,  
si pide es bravo animal;  
¿mas no viste la afición  
con que el Rey muy disfrazado,  
del Maestre acompañado,  
seguía á Juana, blason  
el mas bello de la casa  
de Castro, en todo famosa?

*Enriq.* Calle tu lengua alevosa,  
que el corazón me traspasa:  
ha dado en servirla ahora  
mi hermano, que me aborrece,  
por presumir que merece  
mi amor tan bella señora,  
que es honor de Andalucía;  
¿nunca yo la mereciera,  
nunca mi obsequio admitiera  
para su pena y la mía!  
nada hasta aquí sospeché  
del empeño de mi hermano,  
y en él siempre afecto sano,  
y aun amistoso encontré;  
mas ya de sí me desvía,  
y me trata con rigor,  
porque el reino y el amor  
nunca admiten compañía.

Cuánto fia en lo que puede!  
estoy perdido, estoy loco!  
mas perder el juicio es poco  
á quien esto le sucede.

*Chich.* Pero eso tanto te apura?  
ser tuya no prometió?

*Enriq.* Pues si no viviera yo?

*Chich.* Morir fuera mas locura.

*Enriq.* Hablas con ese reposo  
porque nunca habrás amado;



pero no hay mas triste estado  
que el de amar y estar celoso.  
Son celos una pasion  
que al mas cuerdo desatina:  
de amor deidad peregrina,  
adúltera sucesion.  
Son celos fuente de enojos;  
son un azote del sueño,  
y una atalaya sin ojos.  
Son celos unas escuchas  
y solicitudes locas,  
que para verdades pocas  
hacen diligencias muchas.  
Son celos haber creído  
una sombra, una ilusion,  
que del sol de la razon  
forma el interior sentido.  
Son celos cierto temor  
tan delicado y sutil,  
que si no fuera tan vil,  
pudiera llamarse amor.  
Son principios de mudanza;  
y fin de la obligacion.  
Son agena estimacion,  
y propia desconfianza;  
son un desengaño salvo  
del pensamiento dormido,  
son relojes del olvido  
con despertador de agravio.  
Son cuerpo del pensamiento  
que no le tuvo jamás;  
pasos que amor vuelve atrás  
para correr por el viento;  
y aun es semejanza nueva,  
de linterna es su costumbre;  
pues vemos mover la lumbré,  
y no vemos quien la lleva.  
Son finalmente rigores,  
que amando es fuerza tenellos,  
pues ni amor está sin ellos,  
ni ellos están sin amores.

*Chich.* Mas cortas son por acá  
esas cifras y desvelos.

*Enriq.* Pues cómo entiendes los celos?

*Chich.* La definicion que dá  
quien ama, gente acesible,  
ya entiendes, gente tratable,  
de esfera comunicable,

y no de un alto imposible,  
es sospechar, no parar,  
llegar y reconocer;  
y en fin, entre hombre y muger,  
escusando todo hablar  
en mentiras ó verdades,  
sin oir satisfacciones,  
darse cuatro mojicones,  
y luego hacer amistades;  
mas nos hemos de acostar?

*Enriq.* Antes voy á ver á Juana,  
que pena tan inhumana  
solo ella puede aliviar:  
mas ay! que aunque á toda ley  
quiere firme mantenerse,  
cómo podrá defenderse  
de los esfuerzos de un Rey? *Vanse.*

*Sala:* salen Doña Juana y Doña Inés

*Juana.* Por puntos mi turbacion  
va creciendo, prima mia;  
qué aciago ha sido este dia!

*Inés.* Estraña es tu condicion!  
decirte el Rey que te ama,  
puede causarte inquietud?

*Juana.* Sí, que su solicitud  
es peligro de mi fama;  
pero aun quando así no fuera,  
¿cómo admitirá su amor  
mi pecho, si otro señor  
reina dentro de su esfera?  
y si no doy dulce pago  
á la pasion que alimenta,  
de su condicion violenta  
temible es cualquiera estrago;  
que es como el rayo, el poder  
le irrita la competencia,  
y donde halla resistencia  
mayor daño suele hacer.

*Inés.* Tan poco aprecias un Rey  
que te puede coronar?  
al trono puedes llegar;  
que no hay en Castilla ley,  
que el casamiento le impida  
con la hija de un vasallo:  
yo por tus méritos callo,  
si es dicha ó no, ser querida  
de un Rey para casamiento,  
que el señor Adelatado



mayor, no iguala su estado,  
si iguala su nacimiento:  
pero no puedo escusarme  
de decirte que es locura  
no conocer tu ventura.

*Juana.* Bien pudiera disculparme  
con pintar la condicion  
de amor; pero yo sopecho,  
que aunque lo ignore tu pecho,  
lo sabe tu discrecion,  
que historia habrás leído  
de mugeres que han amado.

*Inés.* Siempre amor fue disculpado  
de necio, no de atrevido.

*Juana.* Acaso es necio mi amor?  
no es del Rey hermano el Conde?

*Inés.* Si, pero aquel corresponde  
mas á su propio valor.

*Juana.* De Enrique el merecimiento  
en cualquiera estremo toca.

*Inés.* A tí que amor te provoca,  
te falta conocimiento;  
mas yo que no juego y miro,  
lo entiendo mucho mejor.

*Juana.* Conocerás en rigor  
cuán justamente suspiró,  
y que de mi amante fiel  
pueden todas tener celos.

*Inés.* Digo mal de Enrique, cielos,  
y estoy muriendo por él. *Ap.*

*Juana.* Hay quien grosero manjar  
á otro esquisito prefiere.

*Inés.* Pero deso qué se infiere?

*Juana.* Defecto en el paladar.

*Inés.* El gusto. *Juana.* No lo condeno;  
pero en mi abono señalo  
que hay quien gusta de lo malo.

*Inés.* Porque lo imagina bueno.

*Juana.* Luego solo es ilusion,  
hija de la fantasía...

*Salen Enrique y Chichon.*

mas quén entra? *Inés.* Quién podia  
ser sino Enrique? *Enriq.* A ocasion  
llego que tal vez disgusto.

*Juana.* En vos tal descortesía?

Casi raya en villanía

un recelo tan injusto.

*Enriq.* Perdonad si os ofendió

quien tan fino os está amando.

*Juana.* Y lo decís suspirando?

*Enriq.* Qué triste no suspiró?

no me sobra la razon?

*Juana.* Dejanos, Inés, aquí. *Hablan ap.*

*Inés.* Los celos, con ser en mí *Ap.*

tan rigurosa pasion,

no me deja amor gozar;

que aun celosa ver quisiera

la causa, si amor me diera

para gozarla lugar.

O temibles desconsuelos!

ó nunca visto rigor,

que aun no dejes á mi amor

satisfacerse de celos? *Vase.*

*Chich.* Siento un sueño tan activo

que no puedo remitir;

bien dicen que es el servir

el mejor soporativo.

*Arrimase á un bastidor.*

*Juana.* Mucho, Conde, me ha pesado

que del Rey estés celoso.

*Enriq.* Un señor tan poderoso,

á quién no ha de dar cuidado?

Con tan diferentes ojos

se mira un Rey, que no sé

cómo quereis vos que esté

sin celos y sin enojos.

Por mas que en sangre le iguale,

si tiene mi pretension,

quién no ha de hacer eleccion

de quien mas puede y mas vale?

Tanto mi amor le prefiere,

que si posible me fuera

no quereros, no os quisiera

tan solo porque él os quiere;

y aunque quiero con temor,

y con esperanza muero,

porque os quiero como os quiero

le quisiera dar mi amor.

Mas ya que no puede ser,

su amor tomaré á mi cuenta,

y pues quereros intenta,

por los dos quiero querer:

y así obligada quedais,

queriéndoos ámbos á vos,

pues os quiero por los dos,

á que por dos me querais.



Juana. Enrique, si al Rey hablé  
con palabras generales,  
y de sus labios reales  
mil finezas escuché,  
no es una gran maravilla:  
qué celos puedes tener,  
si sabes que ha de volver  
dentro de un mes á Castilla?  
Que es digno de ser amado,  
te confieso, por Señor,  
por Rey, y por su valor,  
y por haberme obligado  
con lo mas que puede ser,  
pues no puede hacer quien ama  
mas fineza por su dama,  
que quererla por muger.  
Mas ya que sin conocerle  
puse en tí todo mi amor,  
conoceré su valor,  
pero no para quererle:  
que esta fe no ha de faltar  
sino porque falte en tí,  
que el amor que reina en mí  
no es Rey que da su lugar.

Enriq. Solo, mi bien, en tu dia,  
pues ya lo es, sucediera  
tanto bien á quien te espera  
con tan amante porfia;  
logres los años que ahora  
cumples, con tan altos bienes  
como las gracias que tienes,  
de que el amor se enamora,  
que yo vengo á celebrarlos  
contigo, aunque mas quisiera  
que el tiempo veloz pudiera  
pasar por tí sin contarlos;  
y ojalá, pues sin engaños,  
tanto de mi amor confias,  
que yo pasára los dias,  
y tú cumplieras los años.  
Tu virtud el medio sea  
en que mi descanso viva:  
no soy Rey, que amor no estriva  
en reinos que no desea,  
sino solo en voluntades:  
tuya es la mia. Juana. Quen viene  
contigo?

Enriq. Quien solo tiene

parte en estas amistades.  
Llégate, y besa, Chichon,  
á la Condesa los pies:  
no lo entiendes?  
Chich. Mejor es. Como soñando.  
en la calle del Rincón...  
Enriq. Qué dices?  
Chich. Y mas barato. Lo mismo.  
Enriq. Duermes, pícaro? despierta. Dale.  
Chich. Sí señor; ya estoy alerta:  
qué no he de dormir un rato.  
Enriq. Llega, y habla á la Condesa.  
Chich. Pues tanta dicha le toca  
á mi asquerosísima boca,  
besa señora... no besa,  
porque fortuna como esta  
no es reservada á mi estado,  
que la boca de un criado  
todo lo que toca apeseta.

Sale Doña Inés, asustada.  
Inés. Ay prima! el Rey.  
Chich. El demonio.  
Juana. Qué dices?  
Inés. Que le ví entrar.  
Enriq. Ya qué mas claro ha de estar  
de mi muerte el testimonio?  
Juana. Escóndete.  
Enriq. Para qué?  
Juana. Entra en ese gabinete,  
pues que mi amor te promete  
no faltar nunca á su fe.  
Escóndese, y salen el Rey y el Maestre.  
Rey. No se enojará, Maestre,  
pues que la noche, licencia  
dá para esta libertad.

Juana. Cómo, Señor... V. A.  
honrando esta humilde casa?  
Desde hoy mas pondré á sus puertas  
para mas este blason;  
aunque están honradas ellas,  
con los que ganó mi padre,  
y traerá de las fronteras  
mañana, pues tengo aviso  
que mañana mismo llega.  
Rey. Bien conozco á vuestro padre:  
si así hablais porque en su ausencia  
vengo á visitar su casa,  
volveréme á salir de ella;



que estimo al Adelantado  
en la paz como en la guerra,  
de la que vuelve triunfante.

*Juana.* Que de esa suerte envilezca,  
V. A. da alegría

que tengo de verle en ella,  
es deshacer el favor

que nos ha hecho en quererla  
honrar esta noche.

*Rey.* Así será justo que se entienda;  
nada me dices, Inés?

*Inés.* Embarga, señor, mi lengua  
el respeto que es debido

á tan augusta grandeza.

*Maest.* Bizarra dama!

*Rey.* No es poco  
que junto el sol lo parezca;

yo pensé hallar esta sala,  
y mas siendo noche vuestra,

la de San Juan por el nombre,  
de otra manera compuesta.

Por qué no habeis hecho altar  
como lo hacen otras bellas

damas en aquesta noche?

*Juana.* Por no tener concurrencia;  
que estando mi padre ausente

ser reparable pudiera.

*Maest.* Conque nadie viene á veros?  
Mucha soledad es esa!

*Juana.* La que al decoro conviene.

*Rey.* Sin que el decoro se ofenda,  
¿no hay ningun privilegiado

contra el temor de esa regla?

*Juana.* La pregunta que me haceis  
no entiendo qué objeto tenga.

*Rey.* No os hagais desentendida,  
señora, hablad con franqueza,

qué es de Enrique? le habeis visto?

*Juana.* No por cierto, ni pudiera  
imaginar que pensara

esas cosas V. A.;  
sin duda alguna á estas horas

el Conde por las riberas  
de esta ciudad generosa,

mas fáciles garzas vuelan;  
que imagines una cosa.

*Ruido dentro del gabinete, como de  
haberse quebrado vidrios.*

*Rey.* Callad, qué es eso que suena?  
alguien hay dentro escondido.

*Juana.* Cielo santo! yo estoy muerta!

*Rey.* Llega, Don Tello, registra  
esa estancia, pues pudiera.

*Juana.* Señor, será algun criado.

*Rey.* No importa; mirarlo es fuerza.

*Maest.* Dos hombres hay embozados.

*Rey.* Mítalos, ó salgan fuera.

*Enriq.* Ten, la espada; el Conde soy,  
que sino que nadie me viera.

*Rey.* No prosigas, que no quiero  
satisfacciones tan necias.

*Enriq.* Modera tu condicion,  
pues mi verdad desempeña

el que no debes creer.

que yo por tí me escondiera,  
siendo mi hermano.

*Juana.* Señor,

su razon es justo atiendas,  
pues que debes persuadirte

á que entré sin mi licencia.

*Rey.* No creeré sino el agravio  
que mi amor manda que crea.

Sal, Enrique, de Sevilla,  
no estés el San Juan en ella;

pues me das tan mala noche.

*Enriq.* Razon es que te obedezca  
si has pensado mal de mí.

*Maest.* Señor, si el Conde creyera  
que te habias de enojar...

*Rey.* Déjame, Maestre.

*Maest.* Llega,  
Enrique, y pide perdón

á S. A.

*Enriq.* Yo lo hiciera  
á pensar que cabe en mí

solo un átomo de ofensa.

*Maest.* Señor, no se vaya Enrique;  
hazlo por mí.

*Rey.* Como él quiera  
hacerme pleito homenaje,  
pues insiste en su inocencia  
de dejar su pretension.

*Maest.* Ten esa condescendencia.

*Enriq.* Señor, mas quiero fiar  
mi destierro de mi ausencia,  
que mi amor de mi deseo;



que ausente no habrá que temas,  
y estando presente sí;  
y no sé yo cómo puedas, Y  
ni tú perder esos celos, ...  
ni yo olvidar esta puerta;  
pero me admiro de ver  
que te pese que yo quiera  
á Doña Inés, pues creía  
que era Doña Juana bella  
dueño de tus atenciones.

Rey. Conque persuadirme intentas  
que á Doña Juana no sirves?

Enriq. Si á Doña Juana siviera,  
ella volviera por mí;  
mas pues calla, qué mas prueba  
quieres de que no te ofendo?  
pero si no basta esta,  
sea mi triste destierro  
tu satisfaccion mas cierta. *Vase.*

Chich. Si yo pudiera escurrirme  
sin que nadie lo advirtiera!

Rey. Ha hidalgo?

Chich. Pues no es á mí.

Rey. Ha Gentilhombre?

Chich. Tampoco.

Maest. Llegá, Chichon; estás loco?

Chich. Señor, en qué te ofendí?

Maest. Responde al Rey.

Chich. Yo confiero  
que no entendí, y no te asombre,  
que entre hidalgo y gentilhombre  
todo lo soy menos eso.

Juana. Cómo? el oírlo me agrada. *Al Rey.*

Chich. Bien al propósito salgo,  
que hidalgo dice, hijo de algo,  
y yo lo soy de la nada:  
ser gentilhombre es blason  
de Caballero excelente,  
y yo soy únicamente  
gentilísimo Chichon.

Rey. Di á tu amo que no crea  
que de burlas le destierro;  
y que si vuelve lo encierro  
á donde nadie le vea;  
y esta piedra soberana  
sea premio merecido  
de saber que tú has podido  
agradar á Doña Juana.

Chich. Vivas, ilustre Pedro generoso,  
mas que deuda de pródigo entrampado,  
mas que el griego carroño amojamado,  
y que matusalen el mas añoso:  
mas que el abejaruco prodigioso  
por solo los poetas engendrado,  
pues ni crudo, cocido, ni guisado  
no le vió ni Heliogábalo el guloso.  
La fortuna tus dichas nunca estafe,  
á tus contrarios siempre les des pique;  
tu armada en otro mundo velas zafe;  
tu fama al bronce el labio eterno aplique  
desde el muro de Fez al Aljarafe,  
y desde Santiponce á Mozambique.

*Vase.*

Rey. Valiente humor!

Maest. Peregrino!

Rey. Estareis muy triste?

Juana. Yo?

Rey. Si su ausencia os lastimó,

saldrá mi amor al camino;

que puesto que es desatino

deciros que tengo celos,

han llegado mis desvelos;

á ponerme en un crisol,

donde los tengo del sol,

y me dan celos los cielos.

Tales son ya mis antojos,

que de mí mismo los tengo;

cuando á retratarme vengo

en las niñas de esos ojos.

No os den mis penas enojos,

basta que las tenga yo;

y pues amor me obligó

á penas á magestades,

agradeced mis verdades,

mis merecimientos no.

Y si sabéis que entre buenos

no hay ingratitud jamás,

no pierda yo por ser mas

lo que otros ganan por menos.

Volved los ojos serenos

al triunfo de estos despojos:

si el ser quien soy os da enojos,

reinad vos, y yo pondré

la corona á vuestro pie,

como el alma en vuestros ojos. *Vase.*

Maest. Mal habeis hecho en callar,



señora, en esta ocasion;  
que aunque desprecios no son,  
se suelen imaginar:  
yo no os puedo aconsejar:  
mi hermano es el Rey, y el Conde  
tambien: la razon responde,  
que es mejor á toda ley,  
querer en público á un Rey,  
que no á un hombre que se esconde.  
Mirad que es notable error  
no conocer la fortuna,  
porque suele vez alguna  
trocar en odio el favor.

*Juana.* Decid al Rey mi señor.

*Maest.* Proseguid, qué le diré?

*Juana.* No sé por Dios!

*Maest.* Pues yo sé  
que no es de muger prudente  
no levantar á la frente  
corona que os pone al pie. *Vase.*

*Juana.* Confusa estoy!

*Inés.* Con razon.

*Juana.* Qué de dudas me combaten!

*Inés.* Ya qué puede haber que traten  
tu ignorancia y tu pasion,  
que no sea perdicion  
de tu honor y de tu casa?  
Si Enrique se va, y se casa  
en Castilla, qué has de hacer  
perdiendo un Rey?

*Juana.* Soy muger,  
todo me yela y me abraza.  
Veo á Enrique desterrado;  
veo enamorado al Rey;  
veo que en amor no hay ley,  
ni ausente firme cuidado;  
un poder determinado  
estorba lo que no alcanza:  
un ausente la mudanza  
teme y olvidar procura.  
O amor, sin parte segura  
ya eres temor, ya esperanza!

*Inés.* Olvidar es lo mejor,  
prima mia, al Conde ausente;  
no aguardes que el Rey intente  
cosa que ofenda tu honor.  
Como me muero de amor *Ap.*  
de Enrique, aconsejo olvido.

*Vase, por el lado opuesto salen Enrique y Chichon.*

*Chich.* Ya, señor, todos se han ido;  
pero...

*Enriq.* Yo no estoy en mí!

*Juana.* Ola? quién ha entrado aquí?

*Enriq.* Enrique soy, ó lo he sido.

*Juana.* ¿Cómo te has entrado,

Conde de esa suerte,

sin ver el peligro

que tan cerca tienes?

Mira que te espones;

mira que los Reyes

si son competidos,

muestran lo que pueden.

Mal San Juan me has dado

con venir á verme;

no fuí yo culpada

de que el Rey te viese:

mal haya el amante

que á tiempo que viene

á ver de secreto

la dama que quiere,

no repara en cuanto

descubrirle puede,

ni aun su misma sombra,

si posible fuese,

traer debería;

pues vemos que á veces,

por sola su sombra

el cuerpo se siente.

Mas por qué me alargos?

no sea que intente

el Rey mi desdicha

si volviese á verte:

vete, Conde mio,

por mas que me pese;

si he de verte muerto,

mas te quiero ausente:

dichosas te gocen;

desdichas te pierdan.

Mucho se entra el día,

ya noche detiene

la noche en su cárcel;

sus tinieblas vence,

se ven ya los montes

vestidos de verde;

las aves al alva



*Lo cierto por lo dudoso, ó la muger firme.*

caludan alegres,  
y yo estoy temiendo,  
porque ama quien teme:  
qué me estas mirando?  
por qué te suspendes?  
verte, Enrique mio,  
mira que amanece.

Enriq. Si yo imaginara  
que tales desdenes  
oírte pudiera,  
no volviera á verte.  
Reconozco cuanto  
mal hice en que vieses  
otra vez perdido  
tu olvidado ausente.  
Estraña desdicha  
es, que antes que deje  
tu ingrata hermosura,  
ausente me cuentes.  
Pero si la ausencia  
hace que amor cese,  
tú me has olvidado  
antes que me ausente:  
finges mi peligro,  
mi muerte encareces,  
los duros enojos  
de mi hermano temes,  
airado le escusas,  
amante le absuelves:  
tienes mil razones,  
y todas me advierten  
de que tú me guardas,  
pero es de quererte;  
dices afectando  
piedades crueles,  
que me quieres vivo,  
por mas que otra llegue  
á gozar dichosa  
la dicha que pierdes:  
no es esa la causa,  
sino la de verte  
ya desvanecida  
porque un Rey te obsequie,  
que puede elevarte  
al solio eminente.  
Por eso me dejas,  
por eso me vendes:  
pues juro á tus ojos,

á mi amor alevés  
cuando mas los amo,  
de que eternamente  
tengan otro dueño  
los que tú aborreces:  
yo parto á Castilla,  
donde, si viviere,  
te dirán que he sido  
ejemplo valiente  
de firmeza injusta,  
pues no la mereces  
sino por hermosa,  
pues en serlo excedes  
á Venus divina;  
y porque amanece,  
como tú lo dices,  
á Dios para siempre. *Ella le detiene.*

Juana. Espera, bien mio.

Enriq. Huir me conviene.

Juana. De la que te ama?

Enriq. De la que me ofende.

Juana. Mi amor, mi regalo...

Enriq. Mi pena, mi muerte.

Juana. Qué mal que me tratas!

Enriq. Qué bien lo mereces!

Juana. Mi llanto te ablande.

Enriq. Tus lágrimas mienten.

Juana. Del alma son hijas.

Enriq. Tu engaño las vierte.

Juana. Solo á tí te amo.

Enriq. Al cielo pluguiese.

Juana. Oye por tu vida.

Enriq. Acaba, qué quieres?

Juana. Que sepas, bien mio,

que no hay intereses,

que de mis amores

la firmeza alteren:

en tí cifro todos

mis males y bienes.

Solo una vez amán

las nobles mugeres;

y de ellas espejo

he sido yo siempre.

Si te has enojado

porque te dijese

que de aquí te fueras,

te juro mil veces

que tuve tan solo



tú rigor presente.  
 Bien mío, que adoro,  
 ya bastan desdenes:  
 inclina tus ojos  
 serenos á verme.  
 Qué aun no te persuades?  
 qué no compadeces  
 mis duras fatigas,  
 mis penas crueles?  
 Mas como te ausentas,  
 llevarte resuelves  
 motivos que injustos  
 tu olvido fomenten.  
 Pero haz lo que quieras,  
 que en mí hallarás siempre  
 las mismas finezas  
 que ahora aborreces;  
 seremos entrambos,  
 con opuestas leyes,  
 tú ingrato, yo fina,  
 tú falso, yo fuerte,  
 tú infame, yo noble,  
 yo firme, tú débil,  
 yo espejo de amantes,  
 tú ejemplo de alevés.  
*Enriq.* Qué magia es la tuya,  
 qué encanto, di, es este,  
 que no te resisto,  
 y sé que me ofendes?  
*Juana.* Ofensa es amarte  
 tiernísimamente?  
*Enriq.* Ay! cómo recelo,  
 que amor en mugeres  
 es el sol de Enero,  
 que pasa muy breve!  
*Juana.* No habla eso conmigo,  
 que soy como el Fénix.  
*Enriq.* Si así como en gracias  
 en amor lo fueses!  
 mas qué sirve todo  
 cuando he de perderte?  
*Juana.* La causa?  
*Enriq.* Mi ausencia.  
*Juana.* No hay otra?  
*Enriq.* Y es leve?  
*Juana.* Quien piensa las hace.  
*Enriq.* Qué amante no teme?  
*Juana.* De mí desconfías?

*Enriq.* Mi hermano te quiere.  
*Juana.* Pues yo quiero al suyo.  
*Enriq.* Un Rey qué no puede?  
*Juana.* Mandar en las almas?  
*Enriq.* La tuya...  
*Juana.* La tienes  
 tú solo.  
*Enriq.* Apreciarla  
 sabré eternamente:  
 y á Dios, que no puedo  
 ya mas detenerme.  
*Juana.* Mira cómo quedo.  
*Enriq.* Vendré oculto á verte.  
*Juana.* No haga tu mudanza  
 que me desespere.  
*Enriq.* Amores? primero  
 oirás mi muerte.  
*Juana.* Qué prenda me dejas?  
*Enriq.* Mis brazos si quieres.  
*Juana.* De esposo?  
*Enriq.* Y de esclavo.  
*Juana.* O amor! qué no vences?

## ACTO SEGUNDO.

*Campo: cajas y clarines, y salen el Adelantado y soldados.*

*Adel.* La cosa mas alegre que en la vida  
 permite al ser mortal humana gloria,  
 es la patria del hombre tan querida,  
 despues de alguna próspera victoria.  
 Salir del mar en que la vió perdida,  
 ó á los amigos referir la historia  
 del cautiverio, no es de tanto ejemplo  
 como ofrecer una bandera al templo.  
 Tenemos, desde el tiempo de Rodrigo,  
 siglo infeliz, por la traidora Caba,  
 en nuestra misma casa al enemigo;  
 y la que fue señora, vive esclava.  
 De esto es Granada pertináz testigo:  
 aunque en ella parece que se acaba  
 la soberbia del bárbaro Africano:  
 tal freno tiene en el valor cristiano.  
*Salen el Rey, el Muestre y acompañamiento.*  
*Rey.* Al son de vuestras cajas he querido,



Adelantado, primo, anticiparme,  
y venir como veis.

Adel. Habeis lucido  
mis armas como el sol.

Rey. Llegad á darme  
los brazos.

Adel. Es favor no merecido:  
efecto del amor es el honrarme,  
que los servicios del valor pequeño,  
los hace grandes el amor del dueño.  
Pensó Aliatar, pensó el valiente moro,  
ó generoso Principe, que habia  
de volver á Granada con el oro  
que á su Africano Rey llevar solia:  
y fuera de dejar aquel tesoro,  
perdió mil hombres, el que no queria  
menos que aquel tributo que lamenta  
España con dolor de tanta afrenta.  
Despues de aquella célebre victoria,  
en que acabó con la roja espada,  
se vió el Patron de España, que en  
memoria

á eterno feudo la dejó obligada:  
ni se ha visto mayor, ni de mas gloria;  
pues á los altos muros de Granada  
llegaron los ginetes Castellanos  
siguiendo los vencidos Africanos.

Rey. Castro, español blason, no hallo  
que pueda

ser premio de valor tan señalado:  
permitid que lugar se me conceda  
para salir de estar tan obligado:  
hija teneis que vuestra casa hereda;  
yo haré por ella que quedeis honrado  
antes que salga de la gran Sevilla.  
Tambien vuestra sobrina generosa  
alcanzará de mis favores parte,  
pues es tan bien nacida como hermosa:  
y ahora descansad, cristiano Marte.

Adel. Señor, en toda empresa generosa  
así prospere el cielo tu estandarte,  
que se cante inmortal tu nombre solo  
en cuanto dista de uno al otro polo.

Vanse todos, menos el Rey y el Maestre.

Rey. Con tan ilustres victorias,  
Maestre, crece el valor

del objeto de mi amor.

Maest. Yo pienso que de estas glorias  
solo estimas el tener  
mas disculpa á tus antojos.

Rey. Nunca culparé mis ojos,  
si viene á ser mi muger.

Maest. Ni pareciera razon,  
si has de casarte en España.

Rey. A qué muger acompaña  
mas generoso blason?

Y si mis antecesores  
en España se casaron,  
iguales casas hallaron  
al valor de sus mayores;  
pues qué tengo en que entender?  
nadie me puede culpar;  
qué ejemplo debo buscar?

Maest. Si me quieres atender,  
en Navarra y Aragon  
hallarás Princesas bellas,  
elige cualquiera de ellas,  
darás á tu sucesion  
esplendor mas relevante;  
y serás mas respetado  
fortificando tu estado:  
que esta es máxima importante.

Rey. Tú me estás aconsejando  
de la razon al compas;  
pero yo no puedo mas,  
que el amor me está abrasando.

Maest. Con tan poco sufrimiento  
toda tu gloria obscureces.

Rey. Ay Tello! que no padeces  
mi riguroso tormento.

Maest. Pero no ha de haber un medio  
que lo consiga aliviar?

Rey. El remedio es olvidar,  
y se me olvida el remedio.

Vanse, y por el lado opuesto salen Chi-  
chon y Enrique, éste traerá un ves-  
tido menos rico.

Chich. ¿Piensas andar escondido  
porque de trage mudaste  
y de la banda dejaste  
el blason esclarecido?

Enriq. Con lo festivo del dia  
en mi nadie hará reparo.



**Chich.** Ay Señor! hablemos claro; mira que eso es boberia, que aunque quieran confundirse con el disfraz de los trages los ilustres personajes, nunca pueden encubrirse; aun si fueras como yo, fueran tus intentos buenos, que en un Chichon mas ó menos nadie hasta aquí reparó: pero la falta en Castilla?

Su mas generoso Infante.

**Enriq.** Si prosigues adelante... *Enojado.*

**Chich.** Señor, no me maravilla que no atiendas mi consejo, pues si bien se conjetura, le sirve tu misma altura de broquel á tu pellejo. Pero como el Rey inquiera y ando en esta danza, sin remedio á una galera; donde un comitre nerón me pondrá dándome aprisa, el forro de la camisa como rueda de salmon.

**Enriq.** Si tienes miedo.

**Chich.** Eso no; y bien tienes conocido que con los moros he sido peor que un inédico yo.

**Enriq.** Pues cesa ya de argüirme.

**Chich.** Tu peligro me amedrenta.

**Euriq.** Qué amantes peligros cuenta?

**Chich.** No era mejor tener firme, y proseguir el camino?

**Enriq.** Pero salia el amor lo mismo que el salteador que acomete al peregrino: en resolución, me muero, Chichon; yo no puedo mas.

**Chich.** Y ya que en Sevilla estás, qué quieres hacer?

**Enriq.** Qué quiero? tal preguntas á quien ama? quiero ver al dueño mio, á quien el alivio fio de esta inescingible llama.

Un papel has de llevarla porque sepa que aquí estoy; y pueda conseguir hoy verla, si no cabe hablarla.

Ven á casa de Don Arias, donde pienso estar oculto.

**Chich.** Servirte no dificulto como en ocasiones varias; mas reflexiona advertido, que llegó el Adelantado; y aun que de todo criado de cara soy conocido: temo no poder servirte.

**Euriq.** Sin embargo, haz la experiencia, que tú en cualquiera ocurrencia puedes muy bien encubrirte. *Vase.*

**Chich.** Esto es hecho: estoy mirando el destino que me espera, en que me veré remando: desde los pies al cogote, porque ya siento el azote del comitre en mis espaldas. *Vase.*

*Salon corto: salen el Adelantado, Juana e Inés.*

**Adel.** Esto del Rey conocí, pero no lo entiendo bien: sabes tú lo que es?

**Juana.** Tambien es enigma para mí.

**Adel.** Pienso que quiere casaros con sus dos hermanos.

**Inés.** Vienes tan humilde, cuando tienes al Rey con hechos tan claros puesto en tanta obligacion, que imagino que no entiendes tus méritos, y que ofendes tu valor y tu opiaion.

**Adel.** Solicitas que comprenda que el Rey se quiere casar?

**Inés.** Por qué no lo has de pensar si tienes tan alta prenda?

**Adel.** Ahora bien; aunque podia, si muger no trae estraña, casarse el Rey en España.



con alguna prenda mia, no lo quiero así entender; porque si no sucediera, mucho mas pesar tuviera de verme así descender; soy quien sabeis; he servido en paz y en guerra años largos, y los mas honrosos cargos que hay en Castilla he tenido: pero hasta ver declaradas las dudas que ahora veo, solo os diré que deseo ser muy bien empleadas; pero hablaremos despacio cuando mas ocasion haya, que ahora es fuerza que vaya á presentarme en palacio. *Vase.*

*Juana.* No he querido, Inés, decir á mi padre la intencion del Rey.

*Inés.* Y por qué razon?

*Juana.* Porque no puede argüir de su ausencia en la frontera cosa indebida á mi honor.

*Inés.* Como te va del amor de Enrique?

*Juana.* Esta necia espera *Ap.*

saber á fondo mi estado, y que ama al Conde recelo; mas yo le cortaré el vuelo, y amor quedará vengado.

*Inés.* No me respondes?

*Juana.* Estaba distraida: qué querias?

*Inés.* Saber cómo te sentias de amor.

*Juana.* Aunque no se acaba, tengo muy tibio el deseo, no porque á Enrique olvidé, si porque no lo veré en mi vida.

*Inés.* Así lo creo, y si lo olvidas, lo aciertas, pues se mejora tu amor en hombre de mas valor que te abre al solio las puertas.

*Juana.* Si hasta que yo me casara,

*Inés.* el Rey no entendiera

nuestro amor, yo prefiriera á Enrique, y al Rey dejara: pero si ya lo entendió, y lo destierra de sí, qué esperanza queda en mí? *Inés.* La fortuna te ayudó; y no será maravilla, aunque lo riña lo amante, que abandones un infante por todo un Rey de Castilla.

*Juana.* Prima mia, yo imagino que esforzándome á dejar á Enrique; podré olvidar este ciego desatino. Los deseos dan contento mientras que son asequibles; pero en llegando á imposibles se van del entendimiento. El Rey, cuando no tuviera mas que el ser Rey, á qué amor no deshiciera el rigor? qué pecho no enterneciera? cuanto mas siendo galan, entendido, fuerte, hermoso, á pie y á caballo airoso; que esto no lo negarás: desde que se declaró conmigo, sentí no amarle.

*Inés.* Nadie cesa de alabarle.

*Juana.* Tanto merece?

*Inés.* Pues no?

*Juana.* Pues desde hoy, prima mia, viva el Rey.

*Inés.* Viva mil años, y acábense los engaños de esa tu loca porfia: y pues resuelves querer al Rey y dejar á Enrique, bien será que te suplique te dignes favorecer un deseo que he tenido oculto viendo tu amor.

*Juana.* Tiénesle á Enrique?

*Inés.* El mayor que cupo en mortal sentido.

*Juana.* Ay necia, cómo te clavas! *Ap.*

*Inés.* Mucho ha sido mi tormento, y mayor mi sufrimiento;



porque viendo como estabas,  
no me osaba declarar,  
Juana, por no darte enojos,  
y aunque mil veces mis ojos  
te lo pudieron contar,  
deciales: no mireis,  
que es de mi prima y señora  
el Conde, y pues que le adora,  
respetadle y no le ameis:  
mas ellos inobedientes  
á la razon, le miraban  
tan tiernamente, que daban  
señas de amor evidentes:  
cuando viendo mis tristezas  
la causa me preguntabas:  
cuando llorando me hallabas  
ó en iguales asperezas,  
si no quería vestirme  
ni concurrir á las fiestas:  
y sola tú mis respuestas  
pudieras, prima, sufrirme;  
era verte con favores  
de Enrique, y muerta de celos,  
pedia siempre á los cielos  
el fin de vuestros amores:  
cumpliósse ya este deseo,  
pues tu suerte se mejora,  
y por eso quiero ahora,  
pues querer al Rey te veo,  
que le pidas que me case  
con Enrique y le haga mio.

*Juana.* Prima, aunque yo desconfío  
de que con el Conde pase  
mas adelante mi amor,  
no del todo le olvidé,  
que es fuego que ayer se fue,  
y aun no ha dejado el calor.  
Mal has hecho en declararte  
antes de saber de mí  
que ya sin celos de tí  
á Enrique pudiera darte:  
pues debias conocer  
que me habias de obligar  
con estos celos á amar,  
que así hace toda muger.  
Al amor pintando van  
como niño, y bien se infiere,  
que lo que le dan no quiere,

y sí lo que no le dan:  
¿no has visto á un niño jugar  
con alguna chucheria,  
y que acaba su manía  
llegándola á despreciar;  
mas si alguno solicita  
privarle de ella, se ofende,  
vuelve á amarla y la defiende  
con esfuerzos; y llora y grita  
pues lo mismo es el amor;  
parece que va á olvidar,  
le dan celos, vuelve á amar,  
y hace el empeño mayor;  
tú debieras aguardar  
á verme mas sosegada;  
que de ayer enamorada,  
cómo es posible olvidar?  
el decirte del Rey bien  
es primer paso de amor,  
no el último; que es rigor  
que mis deseos estén  
de sola una hora de ausencia  
de Enrique tan olvidados,  
que aun van con él mis cuidados,  
como estaban en presencia:  
si algun intento tenia  
de amar al Rey, le he perdido  
con saber que tú has querido  
gozar lo que yo quería:  
pierde de amarle el cuidado  
ahora, que por mi fe,  
yo misma te avisaré  
cuando haya á Enrique olvidado. *Vase.*

*Inés.* Muerta he quedado! ah cruel!  
tan cautelosa me tratas?  
así de formas te mudas?  
así finges? así engañas?  
sí pretendes que abandone  
mis amantes esperanzas,  
no lo esperes; en mi pecho  
dura enemistad te labras;  
yo me opondré á tus ideas,  
y lograré mi venganza,  
que no sabes lo que puede  
una muger irritada.

*Sale Chichon.*

*Chich.* Entro al castillo de Luna:  
quiera Dios que con bien salga!



sobre poco mas ó menos  
así el Conde de Saldaña  
dicen que dijo.

Inés. Qué veo?

quién sois? y cómo en la sala  
os entraís de esa manera?

Chich. Hombres de mis circunstancias,  
aunque mas gustan de alcobas,  
no se hallan mal en las salas.

No me conoces? Desembózase.

Inés. Chichon!

Chich. Pué miras? de qué te espantas?  
no sabes aquello de  
pan perdido?

Inés. Estoy turbada!

Chich. Traigo del Conde mi amo  
para tu prima una carta.

Inés. Muestra, daréla yo.

Chich. No será posible hablarla?

Inés. Qué es hablarla? tú eres muerto  
si te conocen en casa.

Chich. Qué hay del Rey?

Inés. Sus pretensiones,  
y no pocas esperanzas.

Chich. Como desde anoche aquí  
haber puede tal mudanza?

Inés. Qué quieres? vive el que vence.

Chich. La culpa es de quien os ama:  
fuego en las...

Inés. Quédate en las.

Chich. Pues si ya me entiendes, basta.

Inés. Qué habia de hacer mi prima?

Chich. Rebentar por una hijada  
antes que dejar al Conde.

Inés. Siente mucho su desgracia?

Chich. Mucho mas la sentirá  
cuando sepa esta jugada;  
el mansísimo señor,  
que levantaba diez cargas  
de polvo en cada suspiro,  
(tan reciamente soplabá)  
ahora perderá el juicio!  
vuélveme luego su carta,  
no quiero que se la des.

Inés. Es necesario entregarla,  
que tal vez hará su letra  
efecto en dureza tanta.

Chich. Qué no podré verla yo?

Inés. No podrás hasta mañana,  
porque está escribiendo al Rey.

Chich. Eso mas?

Inés. Sus alabanzas

no deja; aquí á mí me dijo  
que hacia al Conde ventaja,  
que andaba á caballo airoso  
y en todo tenia gracia:  
pero vuelve, como digo,  
mañana.

Chich. Estás endiablada?

volver? primero me vuelva  
envidioso con desgracia,  
cantor con voz de perrengue,  
bailarin con malas patas,  
jugador con poca dicha,  
casado con mucha fama,  
y finalmente muger,  
que es peor: á Dios.

Inés. Aguarda.

Chich. Qué quieres?

Inés. De este tal vez

Ap.

necesitaré mañana:

no quisiera que te hallasen:  
entra en mi cuarto, y de él baja  
al jardin, y sal por él,  
que así nadie en tí repara,  
y vuelve.

Chich. Si, volveré,

pero serán las espaldas. Vase.

Inés. Parece que la fortuna,

si hasta aquí me trató airada,  
empieza á templar su ceño:  
amor, leamos la carta;  
veamos qué dice Enrique  
á su venturosa dama.

Abre la carta, lee, y en tanto salen el  
Rey y el Maestre.

Rey. Mientras ocupado tengo  
á su padre, vengo á hablarla.

Maest. Me parece que no aciertas  
en frecuentar esta casa,  
por su opinion.

Rey. Yo la abono.

Maest. Antes por tu misma causa  
padece, que como nadie  
sabe tus intentos...

Rey. Calla,



que aquí está su prima.

Inés. Quién?

pero Señor, aquí estabais?

¿a qué buen tiempo venis!

que un asunto de importancia

tengo que comunicaros.

Rey. Maestre, en la otra sala

me espera.

Maest. Ya te obedezco.

Rey. Hablad ya.

Inés. Por mí esa carta

puede hablar.

Rey. Letra es del Conde.

Inés. Sí Señor.

Rey. Dice así.

Inés. Para,

fortuna, una vez tu rueda

favoreciendo mis ansias.

Lee el Rey.

Aunque debo ausentarme de Sevilla, las ansias de verte me ponen grillos; quedo escondido en casa de un amigo, hasta que la noche me dé lugar de hablarte. Aguárdame, señora mía, en la puerta del jardín como otras veces, que serás mi esposa, ó yo perderé la vida.

Enrique.

Caso extraño! conque el Conde

no es amante de mi Juana?

Inés. Hace mucho que me sirve,

mas mi prima apasionada

dió en obsequiarle, y así

providencia necesaria

fue encubrir nuestra pasión

para mas asegurarla;

mas tengo justos recelos

de que Enrique para dama,

no para esposa me quiere;

y pues esta noche trata

de venir, yo te suplico

que mi opinion...

Rey. Inés, basta,

solo porque me has quitado

la dura penosa carga

de mis celos, cuando no

mi propio interes mediará,

accedería á tu intento;

sobre mi celo descausa,

que el Conde será tu esposo,

ó mi rigor... pero Juana.

Sale Juana.

Juana. El Rey aquí? V. A.

señor, sea bien venido.

Rey. Sin duda alguna lo he sido,

pues desde hoy mi dicha empieza;

ya estaba de vos quejoso.

Juana. Yo no he sabido hasta ahora

que aquí estabais.

Rey. Ya, señora,

despidió mi amor celoso

las sospechas que tenia:

carta de mi hermano es esa.

Juana. Sin duda, que manifiesta

en ella...

Rey. Su demasia:

hacerla quiero un engaño:

como ya señora es justo

comunicaros mi gusto,

aunque os cueste un desengaño,

sabed que el Conde me escribe

grandes arrepentimientos

de sus necios pensamientos,

de que ya tan lejos vive:

pídenme perdon, y dice

que le case de mi mano,

que le estime como hermano,

y como Rey lo autorice.

Yo, que por asegurar

mis celos, no puedo hacer

cosa mas justa, muger

le quiero á Enrique buscar;

y porque sin vos no es bien,

quiero consultar con vos

quién será, pues á los dos

nos toca honrarle tambien;

bien conocereis por fama

ó por vista, quién podria

merecerle.

Juana. No seria

poco dichosa la dama;

porque Don Enrique es tal,

que no hay nadie que se atreva

á competirle, y se lleva

la palma de sin igual:



en la guerra valeroso, solitario  
en los estrados corés, habia  
de todas las damas es  
objeto maravilloso;  
discreto sin presuncion;  
tantas prendas atesora...

Rey. Parad; qué decís, señora?

Juana. Manifiesta mi opinion  
y mi pensamiento llano,  
sin intenciones siniestras,  
pues no dejan de ser vuestras  
las glorias de vuestro hermano.

Rey. Aunque él justifica cuanto  
vos, señora, encareceis,  
gusto de que alabeis;  
pero que no sea tanto,  
que aunque me ilustra el blason  
de Rey, soy hombre, y amante.

Juana. Pero vos estais distante  
de toda comparacion:  
y los reales blasones  
os elevan á una esfera,  
que exenta se considera  
de vulgares impresiones:

y pues que ya vuestra Alteza  
en su consejo me ha dado  
lugar, y en el que es de estado  
está su mayor grandeza;  
mirando bien, qué muger  
puede merecer al Conde,  
la misma razon responde,  
que yo sola puedo ser:

deme vuestra Alteza á mi  
á su hermano, que bien creo  
que tiene el mismo deseo,  
pues me lo pregunta así;  
porque si no le tuviera

de que él en mí se empleara,  
claro está que no me hablara,  
ni ese consejo pidiera:  
honrar al Adelantado  
puede V. A. así;

y darme tambien á mí  
lo que tanto he deseado;  
y al fin puesta en mi nivel,  
y de vos desamparada,  
en Don Enrique empleada  
soy dichosa y tambien él.

Vase.

Rey. Ah! que nunca desengaños  
fuisteis buenos en amor,  
que el desengaño mejor  
causa mayores engaños!  
si esta muger no quisiera  
á Enrique, y á ti te amara,  
¿posible es que se esplicara  
de tan resuelta manera?  
Ella su dicha asegura,  
y tambien la de mi hermano,  
si amor enlaza su mano,  
pues de qué lo conjetura?  
cierta es; su correspondencia!  
todos me engañais á mí!  
vete, Inés, vete de aquí,  
que me ofende tu presencia.

Inés. Creo que la última herida  
he dado ya á mi esperanza;  
pero cuando la venganza  
procedió mas advertida?

Rey. Con qué justa razon á la esperanza  
dieron nombre de flor, pues que la  
imita

en que tan brevemente se marchita,  
que tiene entre las hojas la mudanza!  
Lucientes perlas al aurora alcanza,  
de matizado círculos escrita,  
belleza que la noche solicita,  
para perder su ardor en su templanza.  
Sembraba yo, porque la tierra nueva  
me prometió de amor ricos favores;  
ay necio engaño, de mis celos prueba!  
¿De qué sirve sembrar locos amores,  
si viene un desengaño, que se lleva  
árboles, ramas, hojas, fruto y flores?

Vase.

Campo: en el fondo una puerta de rejas  
abierta, que comunica á un jardin: salen

Chichon y Don Enrique.

Enriq. Repite, Chichon, mi infamia:  
vuelve á matarme de nuevo:  
que á Pedro ama Doña Juana?

Chich. O por pasiva, Don Pedro  
de Doña Juana es amado.

Enriq. Mientes; no puede ser esto;  
mas si será, que conmigo  
las desventuras nacieron!



Cómo cabe tan estraña mudanza en tan poco tiempo? mas para hacer infelices, un siglo es cada momento. Por eso solícitaba mi ausencia: ó vil fingimiento! si así la verdad se oculta, quién puede correrla el velo? Muerto esloy! triste de mí! en donde hallaré consuelo? Toda mi razon se ofusca en laberinto tan ciego: yo di crédito á una falsa; y ahora estoy padeciendo por mi culpa; por mi culpa.

Chich. Y por tanto pido y ruego.

Enriq. Qué dices?

Chich. Nada; prosigo para ayudarte.

Enriq. Confieso que estoy loco.

Chich. Yo tambien: pero recobra el sosiego, y atiéndeme.

Enriq. Cómo quieres que pueda atender un muerto?

Chich. Tú estás muerto?

Enriq. Si, señor, como yo.

Chich. Y con habla?

Enriq. Habla por mí mi tormento.

Chich. Ya, señor, sofisticamos? el peligro corre el cerebro.

Enriq. Ven acá, cuando da el alma el hombre, no queda muerto?

Chich. Así lo dijo un Albeitar, tomando el pulso á un jumento.

Enriq. Un amante no da el alma á su dama?

Chich. Esto es muy bueno que digan los boquirubios, pero los boquiniegos dicen que como puede estar sin alma un hombre?

Enriq. Eres necio? pero por qué yo disputo contigo? si ya me siento sin voluntad, sin memoria, tambien sin entendimiento.

sin sentidos, sin accion para nada? qué mas muerto he de estar? entierrame.

Chich. Ya se le derrite el seso: Señor, por amor de Dios que vuelvas en tí.

Enriq. O ejemplo de ingratos!... la sepultura me niegas?

Chich. Yo no la niego; mas reniego de la perra que de esa suerte te ha puestor.

Enriq. Vive Dios, pues no obedeces.

Chich. Tente, Señor, ya te entierro: quiero seguirle la tema.

Enriq. No te has de echar en el suelo?

Chich. Qué mas postrado me quieres en el horror del desprecio?

Enriq. El primer difunto en pie será que vió el siglo nuestros. Ahora bien, ya entran en casa y tus amigos y tus deudos, todos cubiertos de luto.

Enriq. Y por qué ha de honrar á un necio muerto, solo por su culpa, tanta multitud de cuerdos?

Chich. Mas si, que la necedad es honrada en estos tiempos y muertos todos son unos obdormidos los necios y los discretos.

Enriq. Los niños de la doctrina vienen en fila aquí dentro?

Chich. Ó cuánta sarna que traen.

Enriq. De la doctrina son esos?

Chich. No lo ves?

Enriq. Por dar doctrina al huérfano y desamparado como esos niños me veo.

Chich. Las cofradías tambien por su orden van siguiendo esta es de la Soledad.

Enriq. Anduviste muy discreto en traerla, pues qué solo como ninguno padezco.

Chich. Estora es de los Dolores.

Enriq. Terribles son los que siento: mas dime, no hay Cofradía?



de la firmeza?

*Chich.* En el cielo,  
que por acá no se usa.

*Enriq.* Bien por mi mal lo estoy viendo.

*Chich.* Los pobres son de las hachas;

mas no cogen aquí dentro;

ea, sálganse al zaguán:

no lo entienden? acabemos,

que es muy estrecha la sala,

y no huele bien el cuerpo.

Ahora entran los hermanos

que cargan con el féretro:

quieres que agarren de tí?

*Enriq.* Qué sé yo lo que me quiero,

ni qué hago, ni qué digo,

ni si existo, ni si muero.

Traidora imaginación,

ingrata á tu mismo dueño,

dónde me conduces? dónde,

de mis propios pensamientos

podré huir? aleve Juana!

cómo me dejaste? ó cielos!

pero muger y mudanza

tienen un principio mismo.

Qué se hicieron tus favores?

mas fueron flores de alménδρο,

y un cierto las ha secado!

loco estoy! matarme quiero!

no, que primero es vengarme;

pero dónde están los medios?

Contra el poder, qué venganza

puede haber? delirio, sueño

es lo que pasa por mí;

este tenebroso velo,

estas sombras que me ofuscan,

esta rabia que alimento

en mi propia fantasía,

el furor que reconcentro,

el dolor que me devora,

este volcan, este incendio,

esta desesperación

solamente en el averno

se padece; en él estoy;

del caliginoso reino

las sombras piso: allí miro

á Tártalo, que al risueño

crystal los labios aplica,

y huye el agua en el momento.

Sísito sube á la peña

que vuelve á rodar de nuevo:

mas allá atado á una roca,

está el triste Prometeo,

que da á Carnívoro buitre

con sus entrañas sustento;

y se quejan, ah cobardes!

que los que estais padeciendo,

de mis crueles dolores

apenas son un bosquejo:

las furias á mí se acercan:

qué quereis, monstruos horrendos?

cuánto tiempo ha que tomásteis

la posesión de mi pecho?

Las ensortijadas sierpes

que vibraís, débil veneno

derraman: mayor ponzoña

es la que yo estoy bebiendo

sin cesar, y no da fin

á dolores tan acerbos.

Reunid todas las penas,

y los dolores intensos

de cuantos desesperados

encierra ese obscuro seno,

y formad un dolor solo,

que ese es el que yo padezco:

mirad si puede haber otro

mas amargo y mas inmenso;

que al fin aquí no se ama,

y yo amo y tengo celos.

*Entra en el jardin.*

*Chich.* El se ha ido y me ha dejado

con el gasto del entierro:

mas si alguien quiere enterrarse,

ya que soy sepulturero,

venga, que chico con grande

enterraré á real y medio.

## ACTO TERCERO.

*Salon corto: salen el Rey y el Maestre.*

*Rey.* Que Castro el Adelantado

se retiró á casa enfermo?

*Maest.* Sin duda leve accidente

es el suyo, segun pienso.



Rey. Cualquiera indisposición es muy temible en los viejos, que la edad yela la sangre, y debilita el esfuerzo: mucho sintiera el perderle, pues si la verdad confieso, á su valor y experiencia debo felices sucesos.

Maest. Yo fui á verle; y te aseguro que me arrepentí de hacerlo.

Rey. Por qué?

Maest. Porque supone cosas que te han de dar sentimiento.

Rey. Viste á Juana?

Maest. No, que estaba de su padre junto el lecho, ocupada en asistirle: mas vi á Inés, y...

Rey. Nada temo; prosigue.

Maest. Me fefrió que la encontraste leyendo una carta.

Rey. Así es verdad, y sobre ello el fundamento de toda mi dicha pongo.

Maest. Pues dalo ya por deshecho.

Rey. Cómo?

Maest. Como te engañó.

Rey. Tuvo tal atrevimiento?

Maest. Qué muger procede cuerda, con envidia, amor y celos?

Rey. Qué dices?

Maest. Qué apasionada de Enrique, dando por cierto, según los elogios que de tí Juana había hecho, y otras varias espresiones, que tú serías su dueño, la pidió que si llegaba á ocupar el trono regio, se interesase en su amor; despertaron estos celos la inclinación de su prima; y entrambas se indispusieron: llegó por casualidad á manos de Inés un pliego de Enrique para su prima;

ella leyó su contesto, y te dijo lo que sabes; pero siente haberlo hecho, y te pido consideres, que un celoso movimiento obscurece la razón en sus impetus primeros; y que te sirva de aviso para gobernarte.

Rey. Veo que es afortunado Enrique con las damas.

Maest. Confesemos que lo merece.

Rey. Es verdad; pero ese conocimiento ni hace menos bella á Juana, ni alivia lo que padezco.

Maest. Pues si tú á tu mal no buscas el mas seguro remedio?

Rey. Y cuál es?

Maest. Ella no sabe tan amantes sentimientos?

Rey. Quién lo duda?

Maest. Pues, Señor, si ya conoce tu afecto, aunque no te corresponda, su gratitud á lo menos tienes empeñada; pues pensar que un hidalgo pecho, ya que no pague el cariño, se resista á agradecerlo, la eleccion desacredita, puesto que infama el objeto: ofreeela, pues, el trono, y de esta suerte añadiendo tan poderosa fineza, sobre su agradecimiento, en tu favor se decide, y logras tus pensamientos.

Rey. Conque á fuerza de intereses se han de conquistar afectos?

Maest. Nunca mucho costó poco.

Rey. Pero es demasiado un reino; además que en tu presencia, á sus pies corona y ceiro la ofreeí.

Maest. Mas lo tendría



por galante ofrecimiento,  
no por caso decido:

y hablaste en ese supuesto,  
pues tu misma indecision  
acredita ese concepto.

Rey. Y aunque mi tálamo admita,  
di, me admitirá en su pecho,  
cuando se halla poseído  
de otra pasión?

Maest. Los diversos  
estados hacen mirar  
bajo distintos afectos  
las cosas: en Doña Juana  
hay mucho discernimiento,  
y pensará como Reina,  
si acaso llegare á serlo.

Rey. Y si no basta lo Reina  
para obligarla?

Maest. Sabremos  
entonces, que esa muger  
es el Fénix de estos tiempos.

Rey. Ven, pues, que luego que el sol  
ilumine otro emisferio,  
veré yo otro sol que sigo,  
sus claros rayos bebiendo;  
y concerás, Maestre,  
que entregado á tus consejos,  
de mis amantes finezas  
apuro todo el estremo.

O amor! cómo de tu fuerza  
no es resistible el imperio!  
pues en las humildes chozas,  
y en los palacios escelsos,  
igualando calidades,  
eres despótico dueño.

Seme esta vez favorable,  
y dedicaré á tu templo,  
hechas de oro las cadenas  
que arrastro para trofeo  
de tu fuerza irresistible;  
pero eres ciego, y advierto,  
que entre las luces tropieza  
el que se fia de un ciego. *Vase.*

Járdin, salen Elvira y Doña Juana.

Juana. Mira, Elvira, lo que dices.

Elv. Señora, no hay duda en ello:  
yo lo vi:

Juana. Que Chichón dió  
un papel á Inés?

Elv. Es cierto;  
por señas que le esperaba  
al salir del aposento  
para hablarle, y no salió,  
aunque estuvo largo tiempo  
esperando; conque es claro,  
que tu prima con misterio  
por la puerta del jardín  
le sacaría.

Juana. Recelos,  
qué dices? Elvira, vete.

Elv. Mandas algo?

Juana. Qn en acecho  
estés por si alguien viniere,  
ó mi padre, que durmiendo  
está, despierta y me llama;  
en todo caso á este puesto  
nadie permitas que llegue  
sin avisarme primero.

Elv. Alcahuetico es Chichón  
según lo que aquí estoy viendo.  
Siempre dije que tenía  
propia cara de tercero. *Vase.*

Juana. Quedamos buenos, finezas?  
decid, amor, quedais bueno?  
qué confusiones son estas?  
qué enigmas que no comprendo?  
Enrique papel á Inés  
sin darme noticia de ello?  
declararme ella su amor,  
y pensando que prefiero  
al Rey, pedirme favor  
para hacer su casamiento  
con el Conde? mas que acaso,  
esto parece concierto;  
porque Inés, á no tener  
alguna esperanza al menos  
de Enrique, no se arrojará  
á poner sus pensamientos  
en un hermano del Rey;  
pero pudo adelantar  
tanto Enrique el fingimiento,  
y quebrantar con infamia  
las leyes de caballero?  
sí, que en el amor no hay ley,  
y en su político reino,



como se logren los fines,  
no se repara en los medios.  
Si mi amor habrá hecho espaldas  
á otro amor?... mas qué instrumento  
resuena? será tal vez,  
Fabio, nuestro jardinero,  
que del trabajo descansa,  
y varias veces el viento  
suaviza con la armonía  
de sus agradables ecos.

Pasea Juana, como oyendo una voz que  
canta lo siguiente.

Voz. En el campo me metí  
á lidiar con mi deseo,  
conmigo mismo peleo,  
defiéndame Dios de mí.

Juana. En el campo me metí  
á lidiar con mi deseo,  
conmigo mismo peleo,  
defiéndame Dios de mí?  
Parece que habla conmigo  
esta sentenciosa letra;

pues adivina y penetra  
el mal que en mi pecho abrigo:  
porque el mayor enemigo  
que tengo, lo llevo en mí,  
que un tiempo libre me ví,  
é ignorante del rigor  
y tiranía de amor,  
en el campo me metí.

Ya que conozco el poder  
de esta pasión lisongera,  
huir su engaño quisiera,  
y no me puedo vencer;  
la razón podría ser  
que alcanzára este trofeo;  
pero muy débil la veo,  
y de ella no espero nada;  
al mirarme precisada  
á lidiar con mi deseo.  
¿De qué sirve la razón,  
por mas que clame severa,  
si en el alma prepondera  
la fuerza de la pasión?  
dentro de mi corazón  
clara la victoria veo;  
todo se rinde al deseo,  
y el entendimiento duerme,

porque yo por no vencerme  
conmigo mismo peleo.  
Mi propio destino aguardo  
la que cuando amor la embiste,  
al principio no resiste,  
porque despues ya es muy tarde;  
yo no lo hice, fui cobarde;  
ya lloro lo que perdí,  
y pues no me defendí  
cuando tenia denuedo,  
ahora que ya no puedo  
defiéndame Dios de mí.

Salen Enrique y Chichon.

Enriq. No me tengas.

Chich. Dónde vas?

Enriq. A perderme.

Chich. Estás en tí?

Enriq. Pues si yo estuviera en mí  
amára á una ingrata mas?

Juana. Qué es esto, quién es?

Enriq. Quién es?

la pregunta es estremada  
qué, ya estás tan olvidada  
que me ves y no me ves?  
pues yo te diré quién soy.

Juana. Mi sufrimiento se apura.

Enriq. Soy un alma que procura  
el pecho en que ya no estoy,  
soy un hombre que solias  
decir, aleve, que amabas,  
cuando menos estimabas  
que el amor las Monarquías;  
soy quien tuvo tal ventura,  
que mereció de tus labios  
seguridades de agravios,  
si hay cosa en muger segura:  
soy el que perdió por tí,  
su Rey, su hermano, su dueño,  
la noche para tí sueño,  
y desvelo para mí;  
soy cometa que pasó  
por el cielo, si se debe  
tal nombre á hermosura breve,  
que donde nació murió:  
soy....

Juana. Un perjuro, un tirano,  
un cruel, un alévoso,



un cocodrilo engañoso,  
un mal nacido, un villano,  
una serpiente nociva,  
una esfinge, una sirena,  
una alma de infamia llena,  
donde la maldad se aviva,  
un traidor ya manifiesto,  
digno de odioso renombre  
en el mundo, y eres hombre,  
que todo he dicho con esto:  
vete, y no me veas mas;  
y si quejas apercibes,  
á mi prima, á quien escribes  
de secreto las cartas,  
que esta hazaña tuya es.

Enriq. Tú dices que á Doña Inés  
he escrito?

Juana. Pues no es así?

Enriq. No señora, sino á tí, Chichón la verdad dirá.

Chich. Quién crédito no te da,  
me ha de dar crédito á mí?  
pero yo traje el papel,  
y tu prima le tomó.

Enriq. Pues cuándo la quise, yo  
para regalarme en él á Doña Inés  
Si quiso engañar, infiel le mandó á  
al Rey, no lo sé; mas creo que  
que nació de tu deseo;  
concierto debió de ser,  
porque tú puedas hacer  
con el Rey mas alto empleo;  
el Rey merece agradarte;  
mejor empleada estás,  
y lo que aquí siento, mas  
es que quieras disculparte;  
pero amarle no era parte  
para venderme con él;  
tú, sí, que le has alabado,  
y aun escrito, eres infiel;  
mas, pues me has abandonado,  
yo huiré de tí, cruel:  
mas huir de qué me vale  
si tengo de volver luego,  
como por la cuerda el fuego  
vuelve á la parte que sale?  
Mejor es que el finiguale  
al principio á que nació.

yo quiero morir aquí;  
sepa el Rey que aquí me tiene;  
mátame, por qué no viene  
si quiere vengarse en mí?

Juana. Enrique?

Chich. Pero, Señor,  
qué es esto?

Enriq. Pues no lo ves?  
yo he querido á Doña Inés  
la tuve en mi vida amor?

pase un villano traidor  
mi pecho, si tal pensé,  
tal servi, mi tal hablé;  
ni puede ser, en lugar  
donde tú ya estás, entrar  
otra hermosura, otra fé:  
no lo digo por moverte,  
que no te pienso mover,  
ni quererte, ni querer,  
que me obligues á quererte;  
sino que no quiero verte  
disculpada en mis agravios.

Juana. Conde?

Enriq. No muevas los labios,  
que despues de agravio cierto,  
nunca vuelven á concierto  
los amantes ni los sabios;  
estos tus papeles son,  
con esa encarnada cinta,  
quién dió veneno con tinta,  
sino muger y traicion?  
romperá pues mi razon  
cláusulas tan engañosas.

Juana. Nunca han sido artificiosas;  
no las quieras destruir,  
que aunque las vuelva á escribir,  
no saldrán tan amorosas.

Enriq. Déjame.

Juana. Así Dios me guarde...

Enriq. Ya nada quiero saber.

Juana. Créeme...

Enriq. No puede ser.

Juana. Por qué causa?

Enriq. Porque es tarde,  
y es razon que me acobarde  
de mi Rey justo respeto.

Juana. Y si ser tuya prometo  
cuando esté desengañada?



*Enriq.* Serás de mí tan amada  
como mereces, y aun más;  
pero bien sé que serás  
del Rey, que estás obligada.

*Juana.* A quien se hace de rogar  
y me desprecia, no es bien  
que mis deseos le den  
ocasion, sino lugar;  
voime á no ver olvidar,  
que he querido bien al Conde.

*Chich.* Dónde vas, Señora?

*Juana.* Dónde?

voy, Chichon, á no querer  
al Conde.

*Chich.* No puede ser;  
que el Conde te corres ponde  
mira que ojazos aquellos,  
y qué mirarte á traicion;  
no le ves el corazon,  
y aun el hígado por ellos?

*Juana.* Tiénesme por los cabellos.

*Chich.* No tal, Señora, que tú eres  
quien te tienes, porque quieres  
tenerle.

*Juana.* Mal me conoces.

*Chich.* No te irás, así te goces.

*Juana.* Mal conoces las mugeres.

*Chich.* Pero si tú no lo eres,  
sino ángel por la hermosura.

*Juana.* Si Enrique nada procura,  
Chichon, por qué me detienes?

*Chich.* Vamos, Señor, qué previenes?  
no te dejas ablandar?  
quieres hacerla llorar?

*Enriq.* Pues no se quiere partir?

*Chich.* Si ella se quisiera ir,  
quién lo habia de estorbar?  
pues mira que la muger  
no ha de sufrir lo que el hombre.

*Enriq.* Como mi esposa se hombre,  
di que la quiero querer,

*Chich.* Claro está que lo ha de ser.

*Juana.* Conde, si estoy satisfecha  
de mi pasada sospecha,  
seré tu esposa.

*Enriq.* No sé  
que satisfaccion te dé,  
si mi verdad no aprovecha.

*Sal. Elvira.*

*Elv.* Señora?

*Juana.* Qué traes, Elvira?  
qué hay?

*Elv.* El Infante Don Tello,  
de parte del Rey, hablarte  
solicita.

*Enriq.* No oyes esto?  
*Chich.* Y no sería peor  
que viniese á hablarla él mismo?

*Juana.* A dónde está?

*Elv.* Con tu prima  
Doña Inés queda ya dentro  
de tu mismo cuarto.

*Enriq.* A Dios.  
Vamos, Chichon.

*Juana.* Adónde?

*Enriq.* Lejos  
de donde padezco tanto.

*Juana.* Espérate; yo te ofrezco  
que acabarán muy en breve  
tus ansias y mis recelos.

*Enriq.* Qué dices?

*Juana.* Que pues la noche  
comienza del manto negro  
á desarrugar las sombras,  
á hablar al Rey me resuelvo,  
y pedirle que del todo  
abandone mis obsequios,  
pues de lo contrario, voy  
á encerrarme en un convento;  
y si esta resolacion  
la atribuyere á tu afecto,  
le diré que no se engaña  
y que no tiene otro dueño  
en mi corazon, en donde  
tú eres el Rey verdadero;  
quieres mas?

*Enriq.* Besar tus plantas  
por lo mucho que te debo.

*Juana.* Mas haré: hablaré á mi padre,  
y si quieres le hablaremos  
juntos: sabrá nuestro amor,  
y tal vez por este medio  
podríamos conseguir  
el casarnos de secreto.

*Enriq.* Eso es lo mas acertado.

*Juana.* Pues no perdamos el tiempo.



Elvira?  
 Elv. Señora mia?  
 Juana. Cuando se vaya Don Tello hallarás á Don Enrique junto á la estatua de Venus, le llevarás á tu cuarto, que está junto al mio; pero cuidado que lo ejecutes con recato y con silencio.  
 Elv. Está bien.  
 Juana. Pues á Dios, Conde.  
 Enriq. A Dios, señora; yo quedo temblando.  
 Juana. Un hombre de tanto valor?  
 Enriq. Es de amor el miedo.  
 Juana. Vístelo de mi firmeza, pasará al contrario extremo.  
*Vanse por distintos lados, y Elvira como deteniendo á Chichon, le dice:*  
 Elv. Qué tal da de sí el oficio?  
 Chich. Qué oficio?  
 Elv. Pues no hace tercio en la partida?  
 Chich. No hago ni tercio, quinto, ni sexto; que no heredé la coroa que llevaron sus abuelos.  
 Elv. Pues trae y lleva de valde?  
 Chich. Yo nada traigo, ni llevo, sino sobre ojos á ella, cuya lengua es, segun creo, mayor que el badajo de la campana de Toledo. *Vase.*  
*Sala de Doña Juana: salen Doña Inés y el Maestre.*  
 Maest. Esto me dijo mi hermano que os suplicase.  
 Inés. Yo debo obedecer á mi Rey. Y muy gananciosa quedo, si de mi loca imprudencia olvida el atrevimiento.  
 Maest. El sabe que se halla el Conde en Sevilla, y por supuesto da que vendrá á ver su dama, á favor del negro velo de la noche, y solicita

averiguar sus intentos por sí mismo.  
 Inés. Sentiría que si á Enrique hallase dentro, se arrojará.  
 Maest. No temais, que es generoso Don Pedro, á pesar de los que infaman de su honor el claro espejo.  
 Inés. Pues yo le introduciré en mi cuarto; vendrá luego?  
 Maest. En cuanto yo me retire de esta casa, donde tengo que comunicar á Juana un importante secreto.  
 Inés. Ella viene, yo os aguardo.  
 Maest. Bien está: guárdeos el cielo: *Vase, y sale Doña Juana.*  
*extrañareis mi visita.*  
 Juana. Si la verdad os confieso, no esperaba tanto honor.  
 Maest. Muchos mayores el cielo os reserva.  
 Juana. Pué decís?  
 Maest. Que sois dichosa en extremo: *Llégase á una puerta, donde comparece un hombre, que en una fuente dorada trae una magnífica corona.*  
 ola, Gonzalo? llegó. *Vase el hombre.*  
 Juana. Dadando estoy y temiendo.  
 Maest. Este regalo os envia *Deja la fuente en una mesa.*  
 el Rey: corred ese velo, y entended, pues sois discreta, lo que encierra ese misterio; y no dejeis, Juana hermosa, por lo dudoso lo cierto. *Vase.*  
 Juana. Y no dejeis, Juana hermosa, por lo dudoso lo cierto? Qué será? válgame Dios! temblando estoy de saberlo; pero sea lo que fuere, enigma tanto apuremos: *Descubre la corona, y queda un rato suspenso.*  
 válgame el cielo! qué miro? una corona Real! ya es mas terrible mi mal!



si estoy soñando ó deliro?  
 ya no extraño cuando admiro  
 del Rey el intento honroso,  
 que Don Tello misterioso  
 y grave me aconsejara  
 fuese cuerda, y no dejara  
 lo cierto por lo dudoso.  
 Quién es bastante á impedir  
 que del Rey esposa sea  
 cuando él mismo lo desea?  
 Si lo llevo á resistir,  
 si no lo quiero admitir,  
 su altiva saña despierto,  
 á mi Enrique veré muerto,  
 que en amor no hay que esperar:  
 luego es locura dejar  
 por lo dudoso lo cierto.  
 Mas si el Rey, Enrique fuera,  
 yo sé que me coronara,  
 y que mi frente llegara  
 del solio á la sacra esfera;  
 fineza tan verdadera,  
 proceder tan generoso,  
 un sacrificio glorioso  
 está pidiendo en su abono:  
 luego hago bien si abandono  
 lo cierto por lo dudoso.  
 Pero: cuál será mi suerte?  
 en qué fundamento estriva,  
 con qué esperanza se aviva  
 de mi amor la pasión fuerte?  
 á perderme y á perderte  
 camino si bien lo advierto,  
 Conde mío: no habrá puerto  
 que nos pueda guarecer;  
 luego por qué he de perder  
 por lo dudoso lo cierto?  
 Desde el solio soberano,  
 bien mío, en tí reinaré  
 como hasta ahora reiné,  
 ganarás lo que yo gano.  
 Serás, menos que mi mano,  
 de todo dueño dichoso;  
 y algún día más gozoso  
 te verás lisonjeado  
 de que yo no haya dejado  
 lo cierto por lo dudoso.  
 Pero tal vez huirás

de tu amor desesperado,  
 y á otra pasión entregado  
 mis celos despertarás,  
 y mi pecho dejarás  
 como un árido desierto,  
 mi corazón frío y muerto  
 al placer, y lloraré  
 entonces que no dejé  
 por lo dudoso lo cierto.  
 Mucho deslumbras, coroná,  
 mucho puedes, mucho alcanzas,  
 muchas son tus esperanzas,  
 mucho tu valor te abona,  
 muchas dichas eslabona  
 de tu círculo al compás;  
 mucho persuadiendo estás,  
 mucho es tu poder y encanto;  
 pero no blasones tanto,  
 que hay quien pueda mucho más.  
 Cede, sí, cede de amor  
 al poder irresistible,  
 pues que todo lo visible  
 le da el tributo mayor:  
 no he de comprar tu esplendor  
 á costa de mi finura,  
 por más que la edad futura  
 me arguya con destemplanza,  
 que preferí una esperanza  
 á una posesión segura.  
 Si, Enrique, no un cetro solo  
 dejaré yo por amarte,  
 por servirte y regalarte,  
 sino cuanto alumbra Apolo:  
 hasta el contrapuesto polo,  
 arrestada á todo caso,  
 verás que sigo tu paso,  
 y los peligros no temo;  
 porque en tus ojos me quemo,  
 y en tus amores me abraso.  
 En mi ejemplo la mujer,  
 que tan mal tratada es,  
 muestre que el desinterés  
 también llega á conocer,  
 que sabe ilustrar el ser  
 que la dió naturaleza;  
 y del hombre la fiera,  
 que con indigna arrogancia  
 nos arguye de inconstancia,



aprenda de mi firmeza.

Llégase á una puerta.

Elvira?

Elv. Señora.

Juana. Y el Conde?

Elv. Aquí está.

Juana. Llegue al momento.

El Rey y el Maestro al bastidor, y tambien.

Doña Inés; y sale Don Enrique.

Rey. Temblando estoy de mi mismo,  
al mirar lo que estoy viendo.

Juana. Conde y señor, ya es preciso,  
ó que huyamos, ó tomemos  
aquella resolución  
que te dicte tu talento,  
para huir de los enojos  
del Rey, contando primero  
que mi padre lo permita,  
que sí hará.

Enriq. Pues, qué hay de nuevo,  
qué á esa precision obligue?

Juana. Vuelve los ojos á verlo,  
y mira lo que me trajo  
de parte del Rey Don Tello.  
Esto es decir que me quiere  
para esposa, no hay remedio:  
dispon lo que te parezca:  
no te amedrenten los riesgos,  
que mi corazón amante  
á todo hallarás dispuesto.

Rey. Rara fineza de amor!  
yo no sé cómo contengo  
los poderosos impulsos  
de la envidia y de los celos.

Juana. Qué tienes, Señor? suspiras!  
de qué has quedado suspenso?

Enriq. De ver hasta dónde puede  
llegar del hado lo adverso!  
Oye, Señora: aunque el Rey  
solicitaba tu afecto,  
jamás creí, aunque te sobran  
para mas merecimientos,  
que estendiese la fineza  
á partir tálamo y cetro  
contigo: yo fuera injusto  
si á tan alto casamiento  
me opusiera: el Rey te quiere  
para esposa, y este empeño

me quita la preferencia  
por tan plausible y honesto:  
pero acaso no bastará  
á vencer mis sentimientos,  
si otras consideraciones  
no ayudasen á vencerlos:  
en tantas doradas puntas  
como el luminoso cerco  
guarnecen de esa corona,  
estoy mirando los reinos  
que de Castilla componen  
el alto solio supremo:  
hacia el cielo levantados,  
parece piden al cielo  
una noble Soberana  
que dichosos pueda hacerlos:  
ninguna mejor que tú,  
ninguna en el universo  
á tan justos votos puede  
dar debido complemento:  
no sin causa poderosa,  
los misteriosos decretos  
del destino, tantas prendas  
en tí sola reunieron:  
luzcan en el alto solio:  
sean precioso ornamento  
de la corona, que yo  
sería un vil, un perverso,  
si á tantos desventurados,  
como en tí hallarán consuelo,  
los priyase de un alivio  
tan dulce y tan lisongero:  
y pues el hacer felices  
sin duda es el bien supremo  
que se disfruta en la tierra,  
por hombre, por caballero,  
y lo que es mas, por amante,  
Juana divina, no debo  
retraerme de que logre  
ventura tanta tu pecho.  
¿Había de permitir  
que los siglos venideros  
dijesen de mí que pude  
elear al trono regio  
mi dama, y que no lo hice  
por interesado afecto?  
no señora, no señora,  
venzamos nuestros deseos:



ocupa el s6lio; haz dichoso  
al Rey, y á todos tus reinos;  
que sofocando mi amor,  
yo seré, Juana, el primero  
que jurándote por Reina,  
de buen vasallo dé ejemplo.

*Juana.* Calla, alevé, fementido,  
ingrato, mal caballero,  
que hay delitos que el decirlos  
es mas culpa que el hacerlos:  
si porque temes al Rey...

*Salen todos.*

*Rey.* Quién teme sin ofenderlo?

*Juana.* Vos... señor... aquí...

*Enriq.* Qué susto!

*Chich.* De esta fecha volaverunt

mi amo y yo: si paramos,  
no será de aquí á Marruecos.

*Masr.* Severo está el Rey.

*Ap.*

*Rey.* Amor,

mira que se ultraja el cetro  
con tu victoria: ya hazaña  
has de ser, si fuiste afecto.

Enrique, pues cómo ignoras,  
siendo un hombre tan discreto,  
que á veces el ser dichoso  
es delito, y no de aquellos  
que fácilmente perdona  
el poder? tu atrevimiento  
en haberme competido  
mi venganza está pidiendo.

*Enriq.* Si me oiste, bien sabrás  
que á mi obligación atento,  
yo me vencia, mi dama  
á tu respeto cediendo...

*Rey.* En eso me competiste,  
no en amarla, pues para eso  
hallaste la misma causa  
que yo en su merecimiento.  
En dominarte á tí mismo

me competiste; supuesto  
que la mayor accion debe  
nacer del mas noble pecho.

Los Reyes, son Reyes siempre;  
y los mas altos empeños  
al mayor poder encargan  
los celestiales decretos:  
vencerse es lo mas difícil,  
y mucho mayor trofeo  
es vencerme yo que tú;  
pues si bien lo considero,  
es mas difícil el lauro  
al mayor poder opuesto.  
Este tu delito ha sido,  
el que castigar pretendo  
con nobleza, y no con saña:  
dad la mano á Enrique luego.

*Juana.* Soy obediente.

*Chich.* Buena es

obediencia con torrezno.

*Enriq.* Señor, deja que á tus plantas  
muestre mi agradecimiento.

*Rey.* Levanta, Enrique, á mis brazos:  
vos, Inés...

*Inés.* Yo solo ruego

á mi prima, que perdone  
mi imprudencia.

*Juana.* No me acuerdo  
sino de que soy dichosa.

*Rey.* En memoria del suceso *A Juana.*  
pintareis en vuestras armas  
una corona; advirtiéndome  
que esté pintada al revés,  
pues de ella hiciste desprecio.

*Juana.* No fue de su dueño ofensa.

*Rey.* Ni yo tal, Señora, creo:  
pero á dar esta noticia  
al Adelantado entremos,  
porque sepa que dejasteis  
por lo Dudoso lo Cierto.

F I N.

*Se hallará en la librería de Gonzalez, calle de Atocha, frente á  
los Gremios, con un gran surtido de Comedias antiguas y modernas,  
Tragedias, Autos Sacramentales, Sainetes y Unipersonales.*